CARTA DEL PROFESOR SKRUPELMANN A LUIS PIRANDELLO

Previa lectura de la obra *Las opiniones del profesor Skrupelmann,* por Enrique Herrero Ducloux, Buenos Aires, 1925.

Muy señor mío :

No soy uno de « sus » *seis personajes en busca de un autor,* ni pertenezco a la legión de *personajes* que encontraron ya, en el buen gusto artístico e *intelletto de amore* de usted, amparo y defensa, desde que usted tuvo la genial idea de inaugurar este nuevo método de crítica estética, que consiste en escuchar directamente las quejas y las protestas de los personajes que se presentan a usted por haber fracasado, sin propia culpa, en obras artísticas o poéticas: personajes, protagónicos o no, astros o satélites, falsificados por impericia o egoísmo de sus autores: pedazos de corazón encerrados, *tanquam gladium in vagina reconditum,* dentro del aparatito automático y convencional de un insensible muñeco de cartón; pedazos de carne humana, torpemente cocinados en uno de esos guisos sin sabor, bautizados por la vanidad y presunción... *ultraista* de sus autores (en realidad, miopes intelectuales sin escrúpulos o sin cerebro como la careta de Esopo) con el nombre sugestivo de novelas, cuentos, dramas, comedias...

No, señor mio: no, no y no: yo estoy tan orgulloso de mi autor, que lo considero como *Maestro y donno,* por decirlo con las bellas palabras de Dante, *che m'ha fatto onore.*

Sin embargo, también yo tengo mis quejas como *personaje,* y por eso necesito invocar su justicia.

Verá usted...

Mi autor me atribuye *algo* que repugna a mi *carácter,* y hiere en lo más profundo la dignidad del personaje que, según las intenciones de mi autor, *debo* representar.

En efecto: concluye mi autor su interesantísimo escrito con este epifonema tan imponente como el virgiliano *Tantae molis erat romanam condere gentem:* — « Todavía estoy esperando su réplica... » ¡ Yo... callarme ! ¿ Es posible que todo un profesor Skrupelmann se deje reducir al silencio ?... ¡ Dulce ilusión de mi apreciado autor ! ¿ Cómo pudo olvidar un sabio tan distinguido, un maestro, como es efectivamente el doctor Enrique Herrero Ducloux, en quien, como él mismo dice, la práctica de la profesión, ante la balanza y sobre la platina del microscopio, ha creado como una necesidad, el hábito de someter todo a riguroso análisis, las cosas como las ideas; cómo pudo olvidar, digo, que todo un profesor de mi raza, un auténtico sabio alemán (como lo declara mi autor, y todas mis referencias, hasta el apellido, lo confirman), *precisamente cuando se apercibe que no tiene razón,* escribe diez tomos con sus respectivos apéndices de notas y fuentes histórico-bibliográficas *fuera de texto,* con el fin de demostrar que *tenía razón de... no tener razón?* No se asuste usted: no escribiré los diez tomos... porque deseo que usted me lea. Buscaré ser muy breve y al mismo tiempo muy claro, para no caer en el defecto lamentado por Horacio: *laboro esse brevis, obscurus fio.* Renunciaré también (no sin pesar) a las *notas;* escribiré como Spengler que nunca cita a los autores, ni a los grandes maestros... de los cuales derivan directamente muchas de sus teorías. Supondré, para no violentar demasiado mi *carácter,* dada la naturaleza del personaje que represento, escribir una pequeñísima, insignificante apostilla. Y... ¡ qué Dios... *me la mandi buona !* — como dicen ustedes los italianos.

Mi autor funda su interesantísima disertación en el principio de que, si hoy en día tenemos motivos, como yo creo según él lo atestigua, de lamentar la disolución de las costumbres, la perversión de los instintos, el relajamiento de las leyes sagradas de la moral, y, agrego ahora, la inversión de « valores éticos » que parecían gloriosa conquista definitiva de la civilización, en todo tiempo hubo tal disolución, tal perversión, tal relajamiento y tal inversión, porque como dice el poeta:

Loco estaba el mundo
cien años atrás,
loco nos lo dieron,
loco lo entregamos,
loco sigue siendo,
loco morirá.

Bien, pues : suprimo en este momento, por amor a usted, todo lo que yo podría decir, según costumbre de la mayoría de los sabios de mi raza, en dos tomos del tamaño de un doble ladrillo, para demostrar que la historia nos ofrece únicamente leyes de *tendencias,* porque los hechos históricos son *Erlebnis,* como decimos nosotros los alemanes, palabra que no es posible traducir literalmente en algún idioma neolatino, y, por consiguiente, representa otro de nuestros grandes e insuperables inventos, indispensable para definir en forma absoluta y clara (sobre todo clara) la verdadera naturaleza de los hechos psíquicos, en el sentido de que (usaré una perífrasis para que usted me entienda) nunca se repiten dichos hechos en el tiempo y en el espacio, aunque sean idénticas, en apariencia, las condiciones de su nueva aparición. Sólo me conformo con recordar a usted cierto refrán, que aprendí en Roma, cuando visité su bella Italia y me quedé en esa muchos años para estudiar, y también para... realizar fuertes economías en plata. He aquí el refrán :

— In tempi men leggiadri e più feroci
S'appendevano íl ladri alle croci :
In tempi men feroci e più leggiadri
S'appendon le croci in petto ai ladri.

Se sabe : los proverbios representan la ciencia de los pueblos; por esta misma razón son casi siempre hiperbólicos, como lo es efectivamente la segunda parte del citado.

Pero... *hiperbolis incredibilia afirmat ut ad credibilia perveniat.* Yo no soy un « olvidado del pasado », como afirma mi autor : sólo creo que hombres y cosas del pasado deben valorarse con criterio histórico, previa la más fiel reconstrucción posible del medio ambiente de su producción. La época en que se produjo el error de Getsemaní, la anterior, del sacrificio de Sócrates, ni

otras a las cuales pueda referirse el ciceroniano *o tempora! o mores!* no se parecen entre sí, ni pueden identificarse con las de hoy. La reconstrucción histórica del ambiente es siempre fragmentaria, por la insuficiencia de los *datos* que resultan de la investigación, y falsa no sólo por los anacronismos que la *docta ignorantia* introduce en ella, sino por la intervención de nuestro yo que, como juez, es siempre interesado. Por eso, como bien lo demuestra mi autor, yo me fijo con preferencia, respecto de la conducta moral, en las fallas de la sociedad actual, « en su organización y funcionamiento », porque respiro el mismo aire de sus actores, como su mismo pan, vivo con ellos, los veo actuar a cada momento en mi mismo medio, y por ende disminuye la probabilidad del error de apreciación.

Por supuesto, no podemos prescindir del pasado, porque como dijo nuestro *omniconceio* Jorge Hegel, *somos historia;* pero eso es cierto, no en el sentido del principio demasiado categórico de Cicerón, *historia magistra vitae,* ni del otro principio (genial, por supuesto, que usted dirá como buen italiano) de los *corsi* y *recorsi,* porque la barbarie de hoy es irreductible a la del pasado, sino en el sentido de que el presente representa un momento del gran « devenir » universal y absoluto, en el cual han penetrado y obran como fuerza viva elementos perdurables del « eterno ayer ». Un ejemplo. Permítame usted hacer algunas consideraciones sobre uno de los principios más altos en que se funda el espíritu de la universidad moderna: la autonomía. Autonomía significa libre iniciativa en la organización y actuación científica. Como la ciencia se organiza a sí misma, y al determinar sus principios y sus métodos desdeña la censura, así la universidad rechaza la tutela. Su postulado fundamental es uno, inviolable y desinteresado: conseguir una madurez siempre creciente en la síntesis, y por ello alcanzar una claridad y amplitud siempre creciente en el análisis. La rebelión del pensamiento es función intrínseca al pensamiento mismo. Se la llamó libertad de pensamiento: libertad no como concepción del estado y forma yuxtapuesta o actitud antirreligiosas, sino como evolución espontánea de la mente, como elemento indispensable de la fuerza íntima que, al moverse, retrograda a los tiempos pasados para expli-

carlos, muestra que de ellos derivan los tiempos presentes, y adivina el porvenir con las anticipaciones de la experiencia, que induce de su propio conocimiento. Y puesto que dicha rebelión es la esencia del pensamiento mismo, se la consideró superior a toda codificación y a toda coerción. Se le reconoció como único derecho incontrovertible sus modos naturales de explicarse el hecho y la ley del hecho. El pensamiento que se ejerce sobre el hecho creó la historia íntima y la historia exterior, vale decir, la psicología, la historia civil y la historia natural; el pensamiento que investiga la ley del hecho, creó la lógica, la sociología y la cosmología. La historia y la ciencia, pues, son los modos explicativos del pensamiento, el campo nativo de su actividad, sin día y sin hora de descanso: son el hombre mismo en cuanto « hombre ».

La autonomía, en el sentido de libre iniciativa, es el secreto del verdadero progreso individual y social. Desgraciado el individuo que espera tontamente, con la boca abierta, que se le engorde como a un pavo. Ese individuo o es un inválido y merece el auxilio de la beneficencia pública, o no vale más que un inmundo parásito. Uno de los fines más altos de la pedagogía moderna consiste en despertar aptitudes. ¿ Para qué ? Precisamente para favorecer la libre iniciativa individual en la intensificación del mínimo esfuerzo original, para alcanzar los resultados más provechosos para sí y para los demás. El refrán de La Fontaine, *Aide-toi, le ciel t'aidera,* lo explica todo, especialmente en su versión inglesa *Help thyself, that God may help thee* (a Dios rogando y con el mazo dando). Se puede repetir lo mismo de la vida de las regiones y las comunas, cuyas instituciones y tradiciones locales deben transformarse por selección lenta y natural, y no por sofocación instantánea y arbitraria. Una capital representa una nación, y no una fuerza que absorbe y comprime las distintas partes de la nación misma. La unidad y florecimiento de una nación se halla representada por el equilibrio de las autonomías, *activas* como los neurones de un organismo sano. Los metafísicos de la libertad no han considerado suficientemente que la libertad representa una conquista humana, análoga a la de la ciencia que une dos mares. La libertad no existe: existen las libertades o autonomías. Y aquellas libertades que en los tiem-

pos presentes se imponen como necesidades y que son autonomías individuales en la vida ético-social, autonomías regionales y municipales en la política interior, neutralidades de las tierras limítrofes en la política exterior, iniciativas o individuales o asociadas en la política económica, son análogas a la independencia dogmática de las iglesias respecto del Estado y a la independencia de la escuela respecto de la Iglesia confesionaria. La necesidad destruye las viejas posiciones y hace suceder a las anexiones las autonomías, a las conquistas del cañón las conquistas del pensamiento, a los monopolios las iniciativas, a las religiones dominantes la mutua independencia de los grandes poderes civiles, a la escuela confesionaria la ciencia y la filosofía.

Ahora bien: si consideramos las palabras *autonomía universitaria* como una expresión observada, como símbolo que indique el conjunto de los caminos reales que fatalmente debían derrotar, como derrotaron al tradicionalismo escolástico, podemos decir — si hacemos historia — que las universidades argentinas, por ejemplo, están, como dicen ustedes los italianos, a *la altura de los tiempos.*

En efecto: ya pasó el tiempo en que un rector de universidad podía suspender de la enseñanza y ejercicio de su profesión a un catedrático « por haber dictado doctrinas heréticas ». Resulta (disimule usted esta nota — una sola por favor) mi afirmación de los documentos relativos al presbítero doctor don Juan Manuel Fernández Agüero, publicados en los *Anales de la Universidad de Buenos Aires,* tomo I, página 115, edición 1877. Notable es la expresión « intolerancia infernal » con que se define, en esas páginas, la conducta del rector, y la vigorosa protesta contra el uso de proscribir doctrinas científicas « para sostener intacta la doctrina de Jesucristo ».

Y, siguiendo un criterio esencialmente histórico, puedo también recordar (¡y es justicia!) a aquellos que, dentro de las relatividades de su época, superaron a su medio, oponiéndose al tradicionalismo escolástico.

Eran pocos, muy pocos esos *hombres nuevos.* Los más benévolos llamábanlos « positivistas », y los representantes superiores de la enseñanza, los altos depositarios de la ciencia, « ma-

terialistas ». Este nombre, grave error de concepto e historia, sonaba como una amenaza.

En otros tiempos hubiera significado la condena inexorable de morir « asados con cuero »... por lo menos *en efigie*. El equívoco nacía de la intolerancia. Dios, la Iglesia, la familia, la sociedad y hasta el Estado corrían serio peligro de vida, si un catedrático enseñaba sin reserva los descubrimientos de la ciencia. Viven todavía, en esta gloriosa República, venerables ancianos, que han visto desarrollarse bajo sus ojos estas páginas de historia. Los estudios sobre Comte y Spencer difundieron, con el análisis de los sistemas generales, y de las doctrinas de sus maestros, la nueva orientación de las investigaciones superiores. Se constituyó así la psicología positiva. La filosofía biológica se inspiró en la doctrina de Darwin, Haeckel, Huxley, Alfredo Wallace, y del mismo Spencer. La antropología científica que, para determinar el lugar del hombre en la naturaleza, ya contaba con las obras de Huxley y Broca y, para los siglos de la humanidad prehistórica, las memorables investigaciones de Mortillet y Pigorini, tuvo en Ameghino su máximo cultor. Se inició la crítica serena y objetiva sobre el fondo y el método de la sociología. Se vió que, para llegar a la ley sociológica, era menester estudiar el hecho concreto, y se reconstruyó la « Ciudad indiana ». Las finanzas, las ciencias económicas y jurídicas, como las ciencias jurídico-físico matemáticas, biológicas y agrarias tuvieron cultores especialistas. Se dotaron las escuelas experimentales de laboratorios llenos de luz y ricos de aparatos... y, siguiendo mi reconstrucción histórico-crítica, llegaré legítimamente a demostrar que las universidades argentinas han perseguido y conseguido su más alta autonomía científica, y aspiran ahora a conquistar otro ideal muy legítimo, como integración de aquélla, el de la independencia administrativa o burocrática y económica.

Bien, pues: con el mismo criterio metódico que sigue mi grande maestro y autor (el primer químico universitario de esta República) en su laboratorio, al prescindir, como hace, en las investigaciones sobre hechos actuales, del lenguaje, método y orientaciones, por ejemplo, del alquimista, con cuyo oficio era compatible, según lo que él mismo declara a propósito de Sâ-

met, el... de barbero, yo puedo y *debo* dejar a un lado el criterio puramente histórico, si quiero saber hasta qué punto sea aceptable la autonomía tal cual se profesa actualmente. Veré, entonces, cuantos equívocos han determinado en sus aplicaciones prácticas las ideas directivas de libertad, autonomía, iniciativa, aunque, indudablemente, los tiempos actuales son mejores que los del pasado, en el sentido de que con la creación de las nuevas condiciones de la vida científica, con la libertad de pensamiento y con los nuevos órdenes civiles, ya no se puede temer la formación de rígidas tradiciones dogmáticas. Vería (otro ejemplo) que muchas veces el especialismo estrecho degenera en una falsa generalización lógica, infinitamente más peligrosa que la intolerancia, llena de fe sincera y profunda convicción religiosa, del citado presbítero don Juan Manuel Agüero. Vería que existen investigadores tan poco penetrados del espíritu de la autonomía que todavía no están íntimamente convencidos de que en una misma Facultad puedan coexistir orientaciones tan distintas como estas dos, por ejemplo: la de los discípulos de Wundt, el fundador del primer laboratorio de psicología experimental en Leipzig (usted, como buen italiano, dirá qué inspirador de la orientación wundtiana fué el italiano Buccola... y ¡paciencia!) y la de los axiólogos puros, que repiten su último origen en la metafísica pitagórica del número considerado como esencia de las cosas, Franz Brentano, Husserl, Max Scheler, Meinnong, Marty, Simmel, Ortega y Gasset, los italianos Orestano, Trojano, Benussi, y Alberini, el inventor del término « Axión », para designar el valor de los valores, la individualidad concebida como autoconciencia eficiente. Dada la relatividad de la ciencia a la experiencia y de ésta a la realidad, caben las dos tendencias opuestas, la de enriquecer nuestros conocimientos fragmentarios, y la tendencia a la unidad sistemática del conocimiento. Las dos tendencias, complementadas, constituyen los factores del progreso científico. Newton con sus principios « Física, cuidado con la metafísica », « hipótesis *non fingo* » (hipótesis abstractas, que no se fundan en la experiencia, como la *fuerza vital* en biología), y Galileo Galilei con su « provando e riprovando », han establecido las leyes de la investigación experimental, leyes que, desde el punto de vista pura-

mente formal, se reducen únicamente a las de la coherencia del pensamiento y razón suficiente en la dependencia de las nociones. La física, la química, las ciencias naturales y biológicas, la psicología experimental, la antropología y las demás ciencias especiales con todas sus ramificaciones siguen su camino victorioso en la conquista de las relaciones empíricas entre los hechos observados. La epistemología, que es la crítica filosófica de la ciencia, dirá si es cierto que las leyes fundamentales de la ciencia empírica han sido *inducidas sic et simpliciter,* o bien si al *experimentum crucis* ha precedido el *experimentum mentis,* y si, en el pasaje de la experiencia a la ley, ha intervenido un acto de la intuición pura, a saber, un acto de la libre creación espiritual que plasma conceptos y relaciones. Por último, la gnoseología buscará llegar a la unidad sistemática de todas las funciones del conocimiento. Estas consideraciones son más que suficientes para demostrar que la autonomía universitaria no sólo es necesidad lógica, imprescindible para el progreso de la ciencia, sino que todavía representa, no obstante sus progresos sobre el pasado, un término *ad quem.* « Una inmensa comedia todo el mundo ha sido », escribió el malogrado Ripa Alberdi; pero la *comedia* de hoy no es la de ayer, ni se identificará con la de mañana. Hay que prescindir de los aspectos puramente formales. Hay que especificar hechos, definir situaciones...

Y paso al otro punto de mi « réplica ». Quiero demostrar la coherencia de mi manera de pensar respecto de la necesidad de la propaganda moral. Como en la primera parte, hablaré de un aspecto que no ha sido considerado lo suficiente, sin repetir los argumentos que forman el objeto de la exposición de mi autor.

Bien; digo y afirmo que es necesario, en cuanto a la moral, *formar la opinión pública.*

¿Qué es la opinión pública? Está ella en los labios de todo el mundo. Cada gobierno, cada partido, hasta el solitario la citan como testimonio de su regla y de su propósito. El déspota la desprecia, el sofista la tergiversa, el escéptico la niega. Pero ella sigue su marcha, que secundada se disciplina, desechada aumenta hasta lo extremo. Entonces recuerdan que ella existe, y que tiene por sujeto lo que hoy llamamos « psiquis-colectiva » por objeto un juicio práctico. Los trabajos sobre la psicología co-

lectiva llegan a la conclusión de que así como los antiguos distinguían entre varias clases de almas, desde el alma sensitiva a la intelectiva, para abrir camino hacia la alma universal, así hoy débense distinguir en el alma colectiva, la cual se manifiesta desde la familia a la muchedumbre, a la ciudad, a la nación, a la raza, para resultar finalmente conciencia del género humano.

En cada uno de estos grados el alma colectiva toma especial fisonomía, pasando del sentido a la conciencia, es decir, del sentido común al sentido recto, de la conciencia espontánea a la conciencia reflexiva, para llegar hasta la *conscientia humani generis* que ninguna astucia de gobierno y ninguna violencia de tirano puede abolir.

La parte más hermosa de la psicología colectiva es quizá la opinión pública en su formación, en su desarrollo, en sus desvaríos, en sus oscilaciones y polarizaciones, en sus triunfos y en sus derrotas.

Un puñado de hombres, alguna vez un genio solitario, la sugiere; un pueblo la recoge; un estado la equilibra; una generación la glorifica; otra la extingue; una tercera la resucita bajo nuevas formas. De la turbulencia agitadora pasa a la historia, la cual no podrá hacer ciencia, sino cuando la psicología colectiva haya establecido las formas originarias y sucesivas del consentimiento, demostrando que aquella opinión pública, que, nacida en un grupo, había sido considerada como *pessimum facinus,* resultó luego : *pulcherrimum.*

Apenas nacida, la opinión pública se « polariza », como dicen los hombres de ciencia, o bien se « dialectiza », como lo expresan los viejos filósofos, es decir, se determina en su idea contraria, ya sea de una misma doctrina y partido, ya sea en una misma escuela o secta. Es necesaria esta polarización, porque, sin el contraste, la historia no puede trazar la resultante que es una solùción y que produce un término distinto.

Cuando una opinión no llega a polarizarse no es verdaderamente pública, se encuentra en un grado amorfo, oscilante, y produce veleidad, análisis superficial, nunca una deliberación.

Por ejemplo : hoy la opinión pública está saturada por la idea de la libertad del hombre. Esta idea se ha polarizado, mo-

tivando por una parte la libertad individual, por la otra la colectiva, hasta sus extremas gradaciones, el « individualismo anárquico » por una parte y el « comunismo » por la otra. Tanto el uno como el otro buscan el hombre libre de patrones, aun con peligro de mecanizar la marcha de la historia, mientras el porvenir, trazando la resultante, busca una solución factible de los dos términos del problema.

Esa resultante no es jamás ecléctica, porque no es el hombre el que toma de por sí una deliberación; mas, el mismo ritmo de la historia busca la síntesis que es la verdadera solución.

Wundt afirma que la polarización de una idea puede resultar por cansancio de una idea dominante, por lo que el hombre recurre a la idea opuesta.

No; el cansancio sólo indica la terminación de una idea; pero en el fondo, en cada idea se encuentra una contraria, como dos tendencias están en la fuerza de la naturaleza. Y como sin estas dos tendencias de una misma fuerza la naturaleza no puede moverse, y moviéndose describir una resultante, así ninguna idea puede moverse históricamente sin polarizarse.

Los partidos no son sino el desdoblamiento de una idea. La historia no puede moverse sin la obra de los partidos, y los protagonistas y antagonistas representan las dos tendencias de una idea. La opinión pública está fuera o sobre los protagonistas y antagonistas, vive de por sí, y del alma colectiva recoge no aquella o esta otra sílaba, sino la palabra entera; y donde ella está iluminada por la discusión, por la prensa, por las reuniones públicas prepara la solución. El partido más cercano de la victoria es siempre el menos apartado de la opinión pública; y cuando llega a invadirlo, termina su papel de partido.

Sería absurdo preguntar a la opinión pública, por ejemplo, si la síntesis *a priori* de Kant es verdadera o falsa, si es verdadera o no, la división de las ciencias hechas por Comte, o preguntar, por último, cuáles de las obras que llevan el nombre de Platon o Aristóteles son genuinas y cuáles apócrifas ante la crítica. Estas son cosas discutibles solamente en una academia, siendo demasiado extrañas a la opinión pública. Ella tiene que determinarse en un juicio práctico, alrededor de lo que debe

hacerse en un tiempo no lejano, mas *hic et nunc;* y este juicio de la opinión pública mueve al poder político, que tiene la obligación de recogerlo, porque es la expresión directa e inmediata de la soberanía a la cual el poder político no puede oponerse, durante algún tiempo, sin caer en una abominable felonía. Puede errar; pero yerran más fácilmente sus intérpretes, y es sapiencia gubernamental no desecharla de plano, sino más bien disciplinarla y conducirla, cuando es posible, en el sentido menos defectuoso.

Nada hay que disciplinar o corregir cuando la opinión pública asume una forma entusiasta. Ni el parlamento ni el ejército representan, entonces, el pensamiento y la fuerza de la nación : ella *dice,* y así *debe ser.* Los gobiernos que tratan de impedir los momentos de furor sagrado en las naciones, consuman la más desgraciada profanación de la vida pública. Las horas de entusiasmo en la opinión pública son raras y fugitivas : quien no las recoge a tiempo no entiende la más alta revelación del alma colectiva, cuando un pueblo compendia sus poetas, sus filósofos y sus mártires, varios siglos, en un instante. Pero si el entusiasmo es verdadero, se cumple, a pesar de la resistencia y en razón de la misma. Entonces la opinión pública arrastra a los gobiernos y llega a su fin. Pero, llegada al máximum del entusiasmo, conviene que la opinión pública decline y se resigne a prolongados silencios; mas el eco de sus palabras debe aún hablar al Estado para que no reniegue y se afirme, afianzando su misión en los destinos de la historia.

El silencio de la opinión pública es muchas veces un silencio muy elocuente. Pertenece al hombre de estado saber distinguir entre el silencio que deriva de un cansancio momentáneo y el silencio amenazador, que es causa, a veces, de una sedición.

La opinión pública empieza por formarse, generalmente, hacia al polo negativo, indicando más bien la imposibilidad de una vuelta al pasado, que un programa de cosas urgentes o inminentes. Oscilando entre lo posible y lo deseable, entre el *mínimum* y el *máximum,* no se determina aún en los partidos, y no ha penetrado en el alma colectiva.

Corresponde a los ingenios el determinar claramente el otro polo de la opinión pública, distinguiendo bien la tradición de la

reacción, las innovaciones de las novedades. La discusión, el examen, la imprenta, inducen prestamente a la opinión pública desde las más bajas esferas sociales a las más elevadas, puesto que ante ella no existe ya ni *arcanndomus* ni magisterio intangible. Consciente de su soberanía, la opinión pública no tolera que la suerte de los Estados sea juzgada por la diplomacia : donde ella domina, suprime la astucia y la violencia. Por eso es ella la base de la soberanía nacional. Un gobierno que se mueve con ella tiene un soldado en cada ciudadano.

La opinión pública es, pues, *fuerza viva,* cuya importancia debemos reconocer en la formación de las grandes corrientes civiles y morales. Fundamento de la opinión pública es la discusión, y son factores esenciales, como hemos dicho, las reuniones, las conferencias, la imprenta. Se trata de iluminar : se trata de elevar el nivel ético, que es la base, la *conditio sine qua non,* no sólo del perfeccionamiento individual, sino de todo progreso institucional. Muy respetables y dignas de todo aprecio son las opiniones que, a este respecto, manifiesta mi maestro y autor; pero, me permito recordar que es sintomático el hecho de que a semejante « examen de conciencia » los pueblos modernos sean unánimemente impulsados por los grandes escritores, en los cuales brilla, como dice Heine, el fúlgido fantasma de su respectiva nación : fantasma querido, nutrido con la sangre más pura del corazón, con la flor más bella del pensamiento, con el perfume de los ensueños más suaves, con el aliento de los más santos y ardientes ideales... Hay una floración de estudios, obras y acciones que se proponen *moralizar,* y ofrecer al renacimiento de los espíritus el resorte que les falta.

Se trata de sedimentar ideas y mover las pasiones hacia los buenos fines inmediatos o remotos; se trata de formar convicciones para generar conductas luego, mediante una sabia, paciente, oportuna y continua insistencia en las ideas madres que constituyen la norma práctica de la vida moral individual y social; se trata de provocar la reacción saludable del dominio de las pasiones y de la iluminación de los intelectos mediante una activa propaganda, cuyo escenario puede proporcionarlo cualquier forma de congregación accidental u organizada, la escuela, la prensa, el cuartel, la cárcel, el café, la plaza, y hasta

el tranvía, el teatro y el ferrocarril. Y ¿ sabe, mi noble autor cuándo es verdaderamente « inútil, estéril como sembrar en la mar » la propaganda moral ? Cuando falta el *buen ejemplo,* privilegio de las almas fuertes, porque la propaganda en estos casos resulta indiferente, o hace reir, porque, como dicen ustedes los italianos, se sabe *da qual pulpito viene la predica.*

No es necesario ser Tolstoy o Ghandi : es suficiente ser hombre de carácter, superior a toda sospecha, en la más rigurosa coherencia de la palabra con la acción moral. Por eso, yo me dirigí al doctor Enrique Herrero Ducloux, como me hubiera dirigido a Joaquín V. González, porque necesitamos para nuestra propaganda hombres que tengan fuerza moral y el espíritu de disciplina que empuja a sacrificar el interés privado en aras del público. Mi autor dice que el orador laico no puede, sin caer en el ridículo, predicar moral. Y bien, pregunto yo : ¿ acaso fué ridículo el doctor González en algún momento de su vida, totalmente dedicada a la propaganda moral, cuando el grande educador argentino volvía a cada momento, en sus alocuciones públicas como en las conversaciones privadas, a este *motivo* que, en mil formas, repetía como una plegaria a Dios : « Nuestro pueblo hidalgo y valeroso sepa mantener y engrandecer en el futuro, por la libertad, la justicia, la paz y el cultivo de todas las virtudes esenciales, un Estado digno de ser erigido en hogar y templo de las cualidades e ideales que más enaltecen el alma humana » ? Ridículo fué por cierto el « padre Zapata », tan conocido por ustedes los italianos, que *predicava bene e razzolava male.*

Señor Pirandello : habrá notado usted que la elocución de este escrito es muy diferente de la del cuento en que figuro como personaje. Mi autor observará en mi réplica también muchos barbarismos y, sobre todo, italianismos, debidos éstos a la sugestión que usted ha ejercido, en el momento de escribir, sobre mi espíritu, como italiano, evocando recuerdos muy dulces de mi residencia en el país del arte. Agradezco mucho a mi autor, por la razón de que mi expresión en el cuento escrito por él, excepto la palabra *parescer* que yo digo cuando repito los versos de Manrique, es siempre pura y bella y castiza como la del maestro. Pero, el *tono* es idéntico en los dos escritos; y

ese tono revela que toda mi personalidad es radicalmente extraña al carácter de Tartufo y otras ramificaciones, que me atribuye mi autor. También Cyrano de Bergerac tenía una nariz descomunal como la mía... Yo doy prueba, tal como me parece resultar del cuento y de esta réplica, de mucha sinceridad. Soy un « convencido », que podría muy bien hablar de la benéfica influencia de la religión en la educación moral, pero en ningún momento se me puede confundir con los personajes incluídos por mi autor en el árbol genealógico de mi familia, y que, en obsequio a la ecuación

saber vivir = saber simular,

implantaron ya un sistema de contabilidad hasta con Dios, intentando... píos fraudes aduaneros.

He dicho, señor Pirandello. Perdóneme usted el atrevimiento y la molestia.

S. S. S.

Otto Skrupelmann.

Es copia fiel del original.

La Plata, octubre de 1925.

JUAN CHIABRA.